

PROLOGO

En la madrugada del Viernes Santo, una procesión singular tiene lugar en la ciudad de Cuenca. En el transcurso de ella, personajes llamados «turbos», vestidos con un hábito oscuro, agrupados semiorgánicamente bajo la dirección de unos capataces y llevando tambores y clarines, de típicas características sonoras, acompañan a la imagen de Cristo en el Camino del Calvario, alternando los toques de cornetas y el ruido incesante de la tamborada, en una extraña evocación de lo que pudo ser la burla y la befa del pueblo judío al Redentor, en los momentos inmediatamente anteriores al suplicio.

Dentro de la infinita variedad de la Semana Santa española, la procesión tiene desde la etimología, la semiología y el folklore, perfiles y características de extraña originalidad. En primer lugar, la propia palabra «turba», que parece venir referida a una multitud gregaria y desorganizada, que se convoca informalmente para acompañar la imagen del Cristo, sustituyendo cualquier actitud piadosa, por un estrepitoso y alborotado escarnio. En segundo orden, la paradoja que guardan los instrumentos empleados, que van cubiertos con telas enlutadas, y, sin embargo, suenan destemplada, hirientemente, con un agresivo estruendo, que en los tambores tiene otro precedente en la Semana Santa española, pero en el sonido del clarín, constituye un factor caracterizante totalmente desprovisto de todo paralelo.

A partir de una primera búsqueda de un significado, se podría entender que tambores y clarines van refiriéndose a dos estratos simbólicos diferentes. Los tambores representan la participación del poder constituido en la muerte de Cristo, y los clarines, que nunca siguen una unidad rítmica, se convierten en trasuntos de la adhesión popular al suplicio. Desde este esquema y partiendo de la interpretación de que la representación de la Pasión de Cristo es en última instancia una forma de expresión e incluso sublimación de la condición humana dolorida y torturada, podría interpretarse que lo más doloroso de toda la Pasión, lo puede constituir en diferencia, o incluso la oposición militante de las gentes, que se traduce por el redoble destemplado y por el ruido de los clarines, en algunas ocasiones enfrentados a la imagen.